

El guacamayo clónico gruñó desde la punta del árbol del pan, pero Lili Brissauer no hizo caso del reclamo. Le dio la espalda, se acercó el antebrazo desnudo a la nariz y lo olió como huelen los perros cuando tienen hambre. Por encima de la esencia acogedora percibió un olor dulzón, putrefacto, que la hizo sudar pese a que era temprano y no había empezado a apretar el calor. Buscó el esenciero en el bolsillo del vestido blanco, destapó el ánfora de cristal y bebió el contenido sin mirar. La flor de la dama de noche, la savia de fresno y el jugo del camisón de cuadros de su madre le resbalaron por la faringe. Ya más tranquila, se sentó en el banco, frente al trozo de selva reproducido en su jardín.

El guacamayo volvió a gruñir. Esta vez contempló, absorta, el pestañeo doble del pájaro. Se fijó en el círculo amarillo que le rodeaba los ojos. Más allá, todo eran plumas azules, de un azul tan brillante, tan carnosos, tan profundos, que parecía inventado para el guacamayo. Gritó:

—Eso es, pluma azul de guacamayo Carlson.

Bajó la voz, como si temiera llamar la atención de alguien, y dijo al aire:

—Quintaesencia de la señora Grin: lemongrass, sándalo, nar-do, tejido de tweed, pluma azul de guacamayo Carlson.

Dio una palmada, extendió los brazos, se elevó en puntas.

—Baile, etérea señora Grin.

Avanzó a pasos cortos hacia el cenador, que ocupaba el centro del jardín, y giró en redondo.

—Su exmarido se pegará a usted como se pega a la memoria una primera impresión.

Llamó al guacamayo, que acudió enseguida y se posó en su hombro. Con toda la delicadeza de la que fue capaz, le extrajo una pluma del pecho y se dirigió a su mueble de trabajo. Había pertenecido a su abuela y luego a su madre. Contaba con más de cien cajones y, sobre él, había hecho instalar un alambique de polvo lunar. Le costó una buena parte de la herencia de su familia, pero merecía la pena porque no era lo mismo destilar perfumes que emociones. Abrió uno de los cien cajones y guardó la pluma del guacamayo en una bolsita de seda. Luego volvió a sentarse en el banco junto a la selva para abordar el discurso, del que había estado huyendo desde que se despertó.

Nunca había escrito uno, ni mucho menos lo había pronunciado, pero la Sociedad de las Artes se lo exigía para poder recoger el premio que acababa de concederle. Sus pensamientos no le parecían dignos de reseña. Al intentar transmitirlos, no encontraba palabras. Psicólogos y logopedas la ayudaron a cruzar los años de formación académica, pero de ahí a pronunciar un discurso en una gala de premios retransmitida a varios países, había un salto al vacío. Deslizó las manos por su cabeza afeitada, apretándose las sienes, y trató de darse ánimos. Con el discurso terminaría la espera.

Para calmarse, descansó la vista en el trozo de jungla del jardín. Su abuela silenciosa había comenzado a sembrarla casi ochenta años atrás, con las semillas y plantas traídas durante aquellos tiempos en que se podía viajar por placer. Una mariposa

negra sobrevolaba una orquídea naranja. Se posaba sobre ella con las patas frágiles, como si no quisiera rozar la flor. Vio caer la lluvia programada en el ecosistema y se levantó del banco. No podía permanecer mucho tiempo frente a la jungla o empezaría a sudar. Dejó a un lado los parterres de las floras mediterránea y desértica hasta abandonar el jardín de la trastienda. Al fondo, en la fachada trasera, se abría un ábside de vidrio que mostraba su delirio de ciudad.

Pegó la mejilla a la vidriera buscando el frescor del sílice, que la reconfortaba, y pensó que no soportaría el calor de las luces en la gala de premios. Su piel la delataría, expulsaría su verdadero olor, su enfermedad. ¿Cómo iba a subirse al escenario, con toda esa gente insigne, además? La esencia acogedora ya casi no duraba. Escuchó los titulares de los medios de comunicación dentro de su cabeza: «La Sociedad de las Artes premia la hediondez: Lili Brissauer». ¿Quién pediría una quintaesencia a un pozo de basura? Sin sus clientes no sería nadie, ni donde vivía ni donde quería vivir. Intentó tranquilizarse y colocó las palmas de las manos contra el cristal, luego los dorsos, las palmas otra vez.

La luz de Nebila era aún malva y la bruma que cada mañana se levantaba en la ciudad de los dientes de león espesa. Calculó que en quince minutos como máximo debería salir a hacer su trabajo. Después amanecería. «Al menos, ya tengo el elixir de la señora Grin», se dijo. Sonrió y sus ojos se rasgaron. Cuando recogiera el premio, además de dinero, tendría un documento visual que atestiguaría su valor como ciudadana insigne. Gelum Vidra, el país blanco, por fin la aceptaría y podría olvidarse del calor de Nebila para siempre. Más animada, volvió al discurso.

«Vivimos en un mundo en el que las casas se tocan más que las personas», dictó al Sistema Gueitus, y se detuvo tras la frase

porque su cuerpo le pedía continuar diciendo que ese mundo en cierta forma le venía bien, que se sentía segura sin mezclarse con la gente, sin que nadie la tocara, viviendo en una ciudad donde te relacionabas en el momento de lavar la ropa sucia. Y ella ni siquiera iba a lavar la ropa. Pero acababan de concederle un premio por su humanismo.

Observó la ciudad que se elevaba al otro lado del cristal. Nebila nació de una obsesión: casas bien alejadas del suelo. El resultado fueron cientos, miles de palafitos con base de filamento de grafeno y casas redondas, de madera. Las pintaron simulando dientes de león; tal vez para compensar la lejanía de la naturaleza. Vivir mirando a Nebila, como vivía ella, era lo más parecido a vivir a la entrada de un bosque arquitectónico. Desde su tienda, que también era su casa, dominaba gran parte de la ciudad. Vivía en la ladera de la montaña de Nebilus Hispal; a la que la gente llamaba «la ladera de los afortunados».

Debía de haber una brisa generosa porque los dientes de león se balanceaban contra el cielo. Dos de los palafitos se estaban rozando y provocaban un castañeteo. Lili siempre lo había interpretado como la gracia de la ciudad. Una ciudad, por lo demás, contenida; como en permanente oración por la tierra anegada sobre la que se había convertido en metrópolis. Le gustaba que las casas de Nebila simularan flores silvestres como las que solía soplar de niña. Las flores y los árboles eran el ochenta por ciento de su vida. El otro veinte lo ponía su don.

Cerró los ojos. Era lo que hacía cuando necesitaba *ver* algo. Hizo corretear las yemas de los dedos sobre la cabeza afeitada, como llamando a las ideas, pero las ideas para el discurso no querían venir y abrió los párpados de nuevo.

Decidió sentarse en la vieja mecedora de metal con memoria. En ella solía mecerse su abuela y guardaba aún las curvas de su cuerpo. A veces, la programaba para ver su silueta diminuta y sentirla cerca. Tal vez el balanceo de la mecedora fuese un estímulo.

Dejó que la mirada se perdiera en la casa del diente de león que quedaba a la derecha de su horizonte, junto al silo; el único palafito con ventana de toda la ciudad. Tenía un cristal redondo, diminuto, como una pupila contraída. Dos Ibis escarlata volaron ladera abajo y se posaron sobre el alcornoque que crecía bajo aquel palafito-ojo. Lili se fijó en que la pupila, antes negra, se había cubierto con una cortina verde. De rareza a rareza, pensó. Y es que su casa también era única en Nebila: una antigua granja reconvertida en perfumería por sus padres hacía más de treinta años; el único edificio, junto con el silo, que se había salvado de la Gran Inundación. Porque se encontraba en la ladera de la montaña de Nebilus Hispal y porque su padre no era ninguna farsa, como todos decían.

Tal vez si le diera un poco el aire podría desbloquearse. Además, le convenía salir a hacer su trabajo antes de que el sol ascendiese. Se levantó de la mecedora y le dio la espalda al ábside de cristal.

Contempló despacio el jardín mientras lo atravesaba hacia la salida. Su madre se había surtido de él para elaborar sus perfumes y ella seguía utilizándolo en sus elixires. Se le llenaron los ojos de travesuras, de canciones antiguas, del bisbiseo de sus botas de agua de niña, del ruido que provocaban las manos de su madre al remover las hojas en las tinas... No podría llevarse todo aquello a Gelum Vidra. Una cosa era mantener los ecosistemas de la trastienda, afrontando la diferencia de temperatura de Nebila, y otra muy dis-

tinta trasladar la flora entera al otro lado del planeta y conservarla a temperaturas bajo cero. Lo más seguro es que terminara haciendo una donación para que la ciudad disfrutase de un jardín botánico, como disfrutaba de un zoo de animales domésticos que nadie visitaba jamás.

El gruñido del guacamayo Carlson la sacó de su ensoñación y aceleró el paso para entrar en la tienda. Recogió de la percha el sombrero cónico que perteneció a su abuela viajera, se cubrió la cabeza afeitada y se ató el lazo rojo bajo la barbilla. Luego se colocó las gafas negras, los viejos auriculares de su padre y salió al campo a capturar olores. El vestido blanco flotaba a su alrededor, huyendo del calor que desprendía su cuerpo.